



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11768

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 23 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casanovi 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONTINÚA LA HUELGA

Lejos de solucionarse la cuestión de los panaderos se pierde la esperanza de que tenga breve término.

La huelga continúa; los obreros están reunidos en sesión permanente, allegando elementos para luchar en regulares condiciones. Los patronos también se reúnen y en defensa de sus intereses discuten y acuerdan lo que creen de justicia.

Lo más sensible es que ninguna de ambas colectividades deseaba la huelga. Los obreros recibían con ella grave daño; los patronos no libraban mejor; pero contra la voluntad de unos y otros, la huelga sobrevino y con ella el estado de guerra que latía entre obreros y patronos desde antes de la pasqua.

Al surgir el conflicto pudo pensarse en que no pasaría de una semana; si el estado de lucha no reportaba beneficios a ninguno de los bandos combatientes, era muy natural que suspendieran el combate para acomodarse a un arreglo, en el que, no habiendo vencedores ni vencidos, no hubiese tampoco humillaciones para nadie.

Lejos de llegar al arreglo se ahondan las diferencias y se adoptan aptitudes resistentes que engendran otras de resistencia suma; y en lugar de considerarse como elementos que se complementan para dar vida a la industria panadera, patronos y obreros se miran frente a frente, como mortales enemigos, atentos solo a destruirse. ¡Como si el trabajo pudiera vivir por sí mismo y el capital no se arruinara permaneciendo solo!

En el conflicto presente no queremos investigar quien tiene la culpa; no entra en nuestros pro-

pósitos separar sino unir y á eso tienden las presentes líneas.

Tampoco pretendemos aconsejar á nadie. Es difícil darlos cuando los que han de recibirlos se encuentran bajo la presión del amor propio. Además, desconocemos la parte material del asunto que motiva la huelga y no sabemos si la actitud de los patronos obedece á haber otorgado más de lo que podían conceder y si la petición de los obreros traspasa los límites de lo que abona la razón.

Pero sino aconsejamos señalamos peligros de los que hay que huir. Y diremos á los obreros que el acuerdo tomado ayer por los patronos, de buscar operarios fuera de Cartagena, traera una perturbación. La autoridad, cumpliendo su deber, protegerá con energía á los obreros que traigan los patronos y quien sabe si la labor de esos trabajadores lejos de ser transitoria resultará definitiva. Y diremos á los patronos que frente a ellos se va erigiendo un competidor. Mientras el obrero carecía de trabajo era menos temible; al fin y al cabo el hambre acaba con la voluntad y una vez agotada ésta, la reducción es fácil. Pero el trabajador se ha vuelto patrono; dispone de elementos para seguir la lucha; las asociaciones obreras le alientan al combate y el principio de solidaridad pone en sus manos medios con que no contaba.

Ya tienen dos hornos y tres expendedorías á las cuales se agolpa la gente para hacer su compra; y como con razón o sin ella, el público se pone siempre de parte del más débil y éste ofrece al mismo tiempo superiores ventajas, la competencia ha de ser imposible.

Ahí que tan esos dos botones de muestra para que los examinen obreros y patronos.

¿Les tiene cuenta hacer un tratado de paz? Depongan las armas.

¿Consideran más beneficiosa la guerra? Pues siga la lucha.

TIJERETAZOS

Después de tanto hablar de agitación ca. liza resulta que todo esta como una balsa de aceite.

En la frontera reina tranquilidad. Lo del alijo de armas por la provincia de Castellón era un engaño.

El vapor *Fire Fly* que según una agencia se nos venía sobre la costa con la mar de fusiles es una patraña.

¿Qué más? El Sr. Ugarte, que tiene á su disposición, á toda hora, los hilos del telegrafo, dice que no hay cuidado de que se levanten los calistas.

¡Vaya un peso que se me ha quitado! Como ese mismo señor aseguraba que íbamos á dar un revoltón el día menos pensado, no me llegaba la camisa al cuerpo.

En Chinchilla han reñido dos hombres por un pitillo, resultando uno con una puñalada que le dejó cadáver.

Y eso que el tabaco es de lo peor que produce Filipinas.

Si llega á valer algo....

Leemos: «El príncipe Alfonso de Baviera ha sido relevado del mando que ejercía en el Ejército, á causa de la notoria incapacidad que demostró durante las últimas maniobras militares.»

¡Baviera...! ¡Baviera...! Vamos, sí, de Alemania.

El representante de la compañía que explota la telegrafía sin hilos, ha visitado al marqués de Portago para ver el modo de instalar el sistema en España. De cualquiera.

Apenas si tenemos gana de que se establezca esa telegrafía.

A ver si acaban de rodar alambres por el suelo.

CURIOSIDADES

JAUJA

(Estampas curiosas)

¿Qué no existe Jauja, dirán nuestros lectores? ¿Qué nadie sabe dónde está situado ese bello país de las gangas, porque ningún intrépido marino, ningún aventurero, han hecho mención de él al relatar sus viajes; más aún, porque no figura en ningún mapa? ¿Y quién podrá señalar el sitio donde existió la Atlántida de Platón ó el reino de Lilliput?

Algo debe haber habido de esa Jauja prodigiosa, algo más que las alerías que todos hemos leído cuando niños, por cuanto un cierto Petrus Nobilis publicó en 1560 un curioso mapa topográfico, hidroviático, etnográfico y culinariográfico, del que reproducimos algunos fragmentos.

¿Qué documento más digno de fe que un mapa? En él todo es preciso y nada imaginario.

El narrador puede mentir á su antojo; el calcógrafo es esclavo de la realidad. Petrus Nobilis en sus dibujos presenta la vida pública y privada de todos los habitantes de Jauja; da idea de la forma de sus casas, costumbres, muebles, trajes, etc.



Arboles de buñuelos.—Fuentes de vino.—Lluvia de asados.— Pedruscos de azúcar.

¡Y qué cosas tan originales las de por allá! Hay preciosos valles donde durante todo el año se crían deliciosas viñas con hermosísimas uvas; matas que dan excelentes salchichas, salchichones, mortadellas y otros embutidos variados; mares de rico vino tinto; minas de donde salen ya acuñadas las monedas de oro y plata, á disposición de quienes quieren tomarlas; grutas donde, á modo de estalactitas, penden ropas de vestir para uso interno y externo; un volcán siempre humeante en cuyo cráter, de una caldera repleta, se desparrañan hasta el fondo de la montaña sabrosos macarrones y otras pastas, envolviéndose en su caída en tierra que no es tierra sino queso rallado, con manteca. En todos los caminos hay montecillos compuestos de frutas, pasteles, panes, chuletas asadas, jamones y otros comestibles. Del mar y los ríos saltan á la mano de quienes lo desean langostinos, salmonetes, anguilas, anchoas, calamares, besugos, trozos de salmón, lenguado, todo frito y sazonado perfectamente.

pa, plana, formada por un mantillo negro, donde la vista no se reposaba en objeto alguno: ni un árbol, ni un campanil; apenas si de tarde en tarde se erguía un molino con aspas aeróbiladas de agujeros.

Todas las habitaciones de la casa estaban llenas de muebles ordinarios, fabricados en el mismo sitio. Delante del salón, cerca de la ventana, veíase un objeto inesperado: un poste de *versta*, con la siguiente inscripción:

«Si das vuelta á este salón sesenta y ocho veces, habrás recorrido una *versta*; si vas ochenta y siete veces desde el rincón más lejano de esa sala al rincón de la derecha del villar, habrás recorrido una *versta*, etc.

Pero al entrar por vez primera á la casa, lo que más chocaba era el prodigioso número de cuadros suspensos de las paredes, la mayoría de ellos obra de sedicentes viejos maestros italianos: paisajes, escenas mitológicas ó asuntos religiosos. Pero como todos esos cuadros estaban muy ahumados (y hasta alabandés), la vista no encontraba sino acá y allá una mancha de color de carne ó unos paños rojos de exagerados pliegues sobre un torso invisible ó una columna con arcos literalmente suspensa en el aire, ó un árbol desgreñado de follaje azul, ó un robusto seno de ninfa parecido á dos tapas de sopera,

No lo he conocido sino de viejo; en mi primera visita tenía yo doce años, y él se senta muy cavales. Remontábase la fecha de su nacimiento al postrer año del reinado de la emperatriz Isabel.

Vivia sólo con su mujer, Melania Pavlovra, diez años más joven que él. De su matrimonio tuvieron dos hijas, casadas mucho tiempo hacía, quienes rara vez iban á Gukhodol: el gato negro había pasado entre ellas y sus padres, y Teleguin casi nunca hablaba de sus hijas.

Aún me parece ver aquella vetusta casa, verdadera mansión de hidalgo de la estepa. Compuesta de un sólo piso y un gigantesco mirador construido con vigas de aveto de una escuadría sorprendente, que se sacaban entonces de los bosques de la Gisdra (bosques de los cuales no quedan ya ni vestigios), era muy vasta y contenía una infinidad de piezas no muy altas de techo ni muy claras, es verdad; las paredes tenían multitud de ventanas, pequeñitas por temor al frío. Según costumbre (ó, por mejor decir, según la costumbre de aquellos tiempos), los poblados, las chozas de los siervos domésticos rodeaban por todas partes la casa señorial, á la que pertenecía un jardín minúsculo, pero lleno de árboles frutales, con manzanas transparentes y peras sin pepitas.

Hasta diez *verstas* en contorno extendíase la este-

un huso. Cubría su cabeza un riego chal negro. Iba vestida con una chaquetilla corta de terciopelo verde aceituna y una salla de lana azul. Sus blancas manos, seriamente cruzadas sobre el pecho, sosteníanse una á otra.

La *telega* giró bruscamente, de suerte que la mujer quedó muy próxima á donde yo estaba. Hizo un movimiento... y reconoció en ella á Evlampia, la hija de Kharlof. La reconoció en seguida, sin vacilar, pues nunca he visto ojos como los suyos, ni sobre todo unos labios tan altivos y sensuales á la vez como los de ella. Su faz habíase alargado, y en su piel deslustrada veíase algunas arrugas. Pero lo que más había cambiado era la expresión de aquella cara. Sería difícil describir su aplomo severo y orgulloso. No era ya el goce tranquilo, sino la saciedad del poder, lo que transpiraba cada una de sus facciones. En la negligente mirada que dejó caer sobre mí, se leía el hábito de no encontrar por todas partes sino una sumisión sin réplica. Era de evidencia absoluta que aquella mujer vivía rodeada, no de sectarios, sino de esclavos; había olvidado los tiempos en que ni el menor de sus deseos era una orden para nadie. Proclamó su nombre en alta voz. Se estremeció ligeramente y me miró por segunda vez, pero no con espanto, sino con una cólera desafiante, cual si habie-